

# Primeras Comunidades Cristianas: Solidaridad

NICOLÁS CRUZ (1987)



Roma, catacumba de Priscila Capella Greca, Banquete Eucarístico. Fractio Panis

## I.- El marco general

Quisiera abordar el tema de la vida cotidiana en las primeras comunidades cristianas desde un punto de vista específico, tal es, el de las **formas de solidaridad** practicadas al interior de ellas.

El marco general del tema es el siguiente: durante la segunda mitad del siglo primero y a lo largo de la segunda centuria d.C., nacieron y se desarrollaron en las ciudades del Imperio Romano una serie de comunidades cristianas, las que, lógicamente, se fueron consolidando con el tiempo. Estas comunidades no alteraron la estructura de la ciudad ya que no las abandonaron en busca de un espacio propio y, tampoco, parece haber

sido costumbre de los cristianos el reunirse en barrios propios, aislados del resto. Su experiencia se dio dentro de las ciudades y ellos insistieron mucho en que no los animaba ningún sentimiento de sectarismo con respecto a la vida cotidiana de los otros habitantes de las ciudades.

La novedad consistió en que al interior de estas comunidades se desarrollaron formas de solidaridad distintas a las habituales en ese tiempo, más completas me atrevería a decir, especialmente porque se centraron en la atención de grupos humanos bastante descuidados en la sociedad de aquella época, me refiero a los huérfanos y las viudas, a los presos, a los enfermos y moribundos.

Es necesario aclarar que estas formas solidarias no fueron, a mi juicio, una pura cuestión práctica o de forma, sino que se ubicaron en una franja de acción muy cercana al fondo de las creencias que animaron a aquellos grupos. Quiero insistir en esto ya que no me parece que la cuestión se redujo a destinar los dineros reunidos y la energía humana disponible a la ayuda, sino que la solidaridad –caridad era el nombre técnico que ellos le daban– tuvo un sentido diferente al habitual y concernía más al fondo que a la forma.

Finalmente hay que señalar que estas prácticas solidarias no pasaron desapercibidas para los no cristianos y que fueron un poderoso motivo de atracción para muchos. De hecho, como veremos en el desarrollo siguiente, los críticos del cristianismo reconocían la importancia de este punto.

## II.- Las primeras comunidades

¿Cómo formarnos una imagen de las primeras comunidades cristianas? Me parece correcta la opinión del historiador Adalbert Hamman cuando señala que, salvo en las grandes ciudades, no deben haber pasado más allá de un grupo que podía reunirse en una casa. Los datos obtenidos a partir del hallazgo de Dura Europos, ciudad de mediana población a las orillas del Eufrates, nos han revelado que en el siglo III, su iglesia no debe haber albergado a más de 60 personas. Por otra parte, en la célebre descripción de los cristianos que el gobernador de Bitinia, Plinio el Joven, hizo al emperador romano Trajano sobre los cristianos de su provincia, a inicios del siglo II d.C., ni siquiera menciona que tuviesen un lugar físico para reunirse. Dice el gobernador, que se juntaban un día prefijado en la playa antes del amanecer. La

descripción deja la sensación que se trata de un grupo reducido (**C. Plinius Traiano Imperatori**. X, 96 (97)).

Todos los componentes de estas sociedades se conocían por sus nombres, destacaban las cualidades de cada uno, así como sus limitaciones. En fin, las noticias nos informan suficientemente sobre la idea de que se trata de un grupo de conocidos.

¿Quiénes las componen? En general, todos. No hay exclusión de ancianos o niños, de hombres o mujeres. Cada uno de estos grupos juega un papel al interior de las comunidades. Ciertamente que la composición de los integrantes varían según la ciudad ya que mientras en Oriente pertenecen a ella varios hombres acaudalados, en Occidente es más difícil incorporar aristócratas o grandes poseedores de tierras.

Los miembros de las comunidades no se diferencian mayormente del resto en una serie de prácticas cotidianas. Comparten algunos espacios de la diversión pública, como los baños, aunque no asisten a presenciar las luchas. Los niños van a la escuela pública como el resto. La diversidad está dada por los momentos en que se reúne la comunidad en oración o la familia en torno a la mesa.

La comunidad cristiana es variada. Pero, al observarla con mayor detención, resulta posible advertir que en ellas participan algunos sectores muy debilitados o postergados de la sociedad: los ancianos, los huérfanos y las viudas. Con respecto de ellos se desarrollarán las primeras expresiones de solidaridad y seguirán disfrutando de una posición privilegiada en la medida que transcurra el tiempo.

### III.- Las formas de solidaridad

Detengámonos un momento en los subgrupos que acabamos de identificar, para decir que en los tiempos que nosotros llamamos antiguos, y específicamente en los del Imperio Romano, la sociedad trataba con bastante brutalidad a los sectores desamparados.

Respecto de los niños, el historiador Paul Veyne ha trazado en el primer volumen de la *Historia de la vida privada*, un cuadro sombrío. No parece haber sido esa una etapa especialmente feliz de la vida de un romano, más complicada aún era la orfandad. En esa circunstancia la vida de un niño podía llegar a ser realmente difícil ya que la

familia de la madre debía asumir la responsabilidad. A veces esto no se deseaba, o simplemente, esa familia estaba muy lejos.

En una posición también bastante desmedrada se encontraban las viudas. Su situación era muy dura ya que sus familias, muchas de las cuales contaban con escasos recursos, tenían muchas dificultades para asegurarle su sustento a ella y sus hijos. Muchas mujeres de los grupos medios y bajos, a diferencia de lo que sucedía entre las más pudientes, no volvían a casarse. La difícil situación por la que atravesaban se agravaba con los años.

Los ancianos, por diversos motivos de los anteriores, eran también un sector bastante deprimido dentro de la sociedad de aquellos tiempos.

En un primer momento, entonces, las formas de solidaridad al interior de las comunidades cristianas se concentraron en estos grupos. Nada formal y burocrático. Simplemente eran asistidos de manera preferente. Eusebio de Cesarea, narrando la temprana orfandad de quien después llegara a ser el sabio Orígenes, señala que al morir su padre en el marco de la persecución de Séptimo Severo, fue inmediatamente adoptado por una rica mujer, la que como tantas cristianas de buena posición social, estaba casada con un importante funcionario no cristiano. Por otra parte, en el texto escrito por la comunidad de Cartago para referir a las otras comunidades el martirio de Perpetua y Felicidad, se asiste a una escena de especial dramatismo.

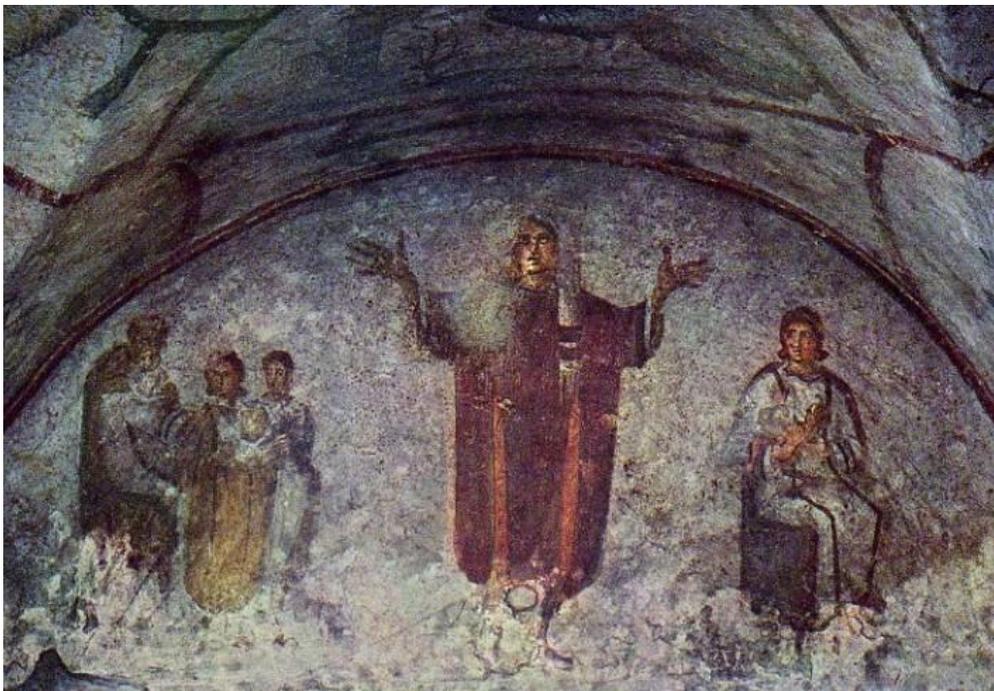
Perpetua está en las vísperas de su martirio y tiene un embarazo avanzado, probablemente está en el octavo mes. El parto se adelanta y nace una niña que "... una de las hermanas crío como a su hija" (*Ita enixa est Puellas, quam quaedam sopor in filiam educavit* ... *Passio SS. Perpetua et felicitatis. XV*)

Junto a los huérfanos, las viudas. Se encuentran múltiples referencias a ellas en los textos. Arístides, quien escribió su *Apología* en los tiempos en que Adriano gobernaba el imperio, señala al describir las virtudes de los cristianos: "... no menosprecian a las viudas ni oprimen a los huérfanos, y aquel que tiene, aporta generosamente para la mantención de aquel que no tiene". Sobre el trato preferencial hacia ellas insisten Justino y Tertuliano. (Justino, *Apología LXVII* y Tertuliano, *Apología XXXIX*)

La solidaridad de la comunidad se extiende a los enfermos. El historiador Jean Danielou señala que las viudas debían retribuir el servicio que se les prestaba, dedicándose a la visita y atención de los enfermos. Esta costumbre parece haberse mantenido en uso hasta el siglo III.

También se extendió a los presos, muchos de los cuales llegaban a esta condición por los conflictos con el poder político de Roma a raíz de su condición de cristianos.

La solidaridad para con los vivos constituyó un aspecto importante de la vida de las primeras comunidades. Ésta se expresó también con los difuntos al posibilitar su entierro y el posterior cuidado de las tumbas. La solicitud para con los miembros del grupo se extendía hasta su inicio en la otra vida o hasta el comienzo de su espera para el juicio final.



Roma catacumba de Priscila, cubículo de la velatio

Si los primeros cristianos no fundaron ciudades propias ni se agruparon en barrios determinados, tampoco enterraron a sus muertos en lugares reservados exclusivamente para ellos, al menos en un primer momento. Las primeras tumbas encontradas formaban parte de los cementerios generales. Tampoco destacan en los primeros tiempos formas de entierros distintas a las vigentes (P. Ariés *El hombre ante la muerte*. Taurus, España, 1983 (1977), p. 34), ni formas decorativas basadas en un repertorio propiamente cristiano (A. Grabar *El primer arte cristiano*. Ed. Aguilar. 1967, p. 95). Lo más distintivamente cristiano y solidario, en este caso, fue la consideración de la sepultación como un deber ineludible del grupo, especialmente para los pobres y

los extranjeros. Esto habría determinado, según las palabras de Aries, una familiaridad con los difuntos que no se habría conocido antes.

Víctor Saxer, en su completísimo estudio *La vie liturgique et quotidienne a Carthage vers la milieu du III siècles* (Cittá del Vaticano, 1969. Cf. especialmente el cap. VII *La mort du chrétien*, pp. 264-324), nos ilustra que había, por así decirlo, muertos de muertos. Los más significativos eran los mártires y quienes habían fallecido en prisión como producto de la confesión de su fe ante algún funcionario romano. En efecto, Tertuliano en *De resurrectione carnis*, XLIII, afirmó que sólo los mártires poseían la llave del paraíso. Salvo ellos “ninguno al dejar su cuerpo obtiene de golpe el título de habitante junto al Señor”. Los que no habían muerto en el martirio debían esperar, cada vez con más paciencia, el juicio final. En todo caso éstos podían ganar algunos puntos reposando en las cercanías de la tumba de un santo, alcanzando así la protección del ilustre vecino.

Siguiendo el ciclo vital, podemos sostener que la solidaridad cristiana acompañaba al cristiano desde su nacimiento –aún antes de esto en el caso de la hija de Perpetua– hasta su reposo final.

#### IV.- La cuestión de los recursos

La práctica de la solidaridad en los términos presentados tenía un costo material y se debía disponer de recursos para poder ejercitarla. ¿Cómo dispusieron de los fondos necesarios las pequeñas comunidades extendidas a lo largo del Imperio? Encontramos una larga serie de referencias a este respecto en la literatura apologética del siglo segundo. Quizás sea Tertuliano en su *Apología* LXVII, 6, quien describa mejor la situación: “Los que poseen bienes acuden en ayuda de los que están en la necesidad y todos nos prestamos asistencia mutua. Los que están en abundancia y quieren dar, dan libremente lo que cada uno quiere. Lo que se recoge se pone en las manos del jefe de la comunidad; éste asiste a los huérfanos, a las viudas, a los enfermos, a los indigentes, a los encarcelados, a los huéspedes extranjeros, en una palabra, socorre al que está necesitado.

Los bienes, tal cual se señala en el texto citado y con otras múltiples reafirmaciones, se generan al interior de la comunidad por el acto generoso de sus componentes.

Podemos suponer que la reducida ayuda de muchos sirve para satisfacer las necesidades materiales de los otros.

En algunos casos, como parece advertirse por los restos de la iglesia de Dura-Europos, la comunidad se beneficiaba con el aporte de una o más personas poderosas. En estos casos, como ciertamente lo fue el de Roma, se podía contar con obras de adelanto que sobrepasaban la pura asistencia a las personas, a saber, con una iglesia construida específicamente para los oficios litúrgicos o con un lugar propio para dar sepultura a los muertos.

#### V.- Forma y fondo en la solidaridad



Hasta este momento hemos presentado sólo una parte, quizás la más visible, de la solidaridad de los primeros cristianos, esto es, aquella que dice relación con la asistencia a fin de satisfacer las necesidades materiales de sus integrantes.

Ya en este nivel, cabe destacar que la organización de los cristianos no fue totalmente novedosa dentro del medio, aunque si lo fuera por la intensidad y continuidad con que fue practicada. Peter Brown, en el capítulo dedicado a la Antigüedad tardía en la

*Historia de la vida privada*, destaca que en los segmentos medios de las ciudades romanas, se daban desarrolladas formas de solidaridad a través de asociaciones existentes. De modo tal que podríamos decir que, en este plano, el cristianismo no constituyó un aporte radicalmente novedoso.

Si la novedad no está en la forma, salvo por la urgencia y la intensidad de su práctica – ambos términos son de Brown–, la encontramos, en cambio, en el fondo. Detengámonos en esto un último momento.

Formas de redistribución social han existido desde siempre en las sociedades. Roma – y me refiero a la Roma liderada por su aristocracia– no había sido ajena a ellas. A través de los juegos públicos y del abastecimiento del grano a bajo precio para la ciudad, los aristócratas se habían asegurado que una parte del exceso de riqueza que se acumulaba en la parte más alta de la pirámide social, se redistribuyera hacia abajo. La carrera de un político exitoso y rico, conocía diversos momentos en los que debía realizar donativos al pueblo. Así, tanto al nivel del Estado como de los individuos, las formas de redistribución funcionaban. Lo hacían restringidas a ciertos aspectos muy concretos, pero funcionaban. En las comunidades cristianas, en cambio, la asistencia adquiría un carácter integral y ya esto marca una distribución.

Pero la novedad más profunda consistió en que mientras las formas de redistribución en Roma, y de manera general en el mundo antiguo, se reducían a la sola satisfacción de las necesidades materiales, las cristianas se extendían también hasta cubrir las exigencias espirituales de sus integrantes. Dicho en los términos más estrictos en que lo pone Hamman, el desarrollo de las formas solidarias era la puesta en la práctica cotidiana de una caridad contenida en un evangelio permanente.